

¿Qué es el aprendizaje-servicio y por qué nos interesa?

El aprendizaje-servicio es un antídoto esencial para el mundo crecientemente aislado de la realidad virtual y simulada que los niños experimentan en la clase y en sus hogares, frente al televisor o a su computadora. Darles a los jóvenes una oportunidad para una participación más profunda en la comunidad los ayuda a desarrollar el sentido de la responsabilidad y solvencia personal, alienta la autoestima y el liderazgo, y sobre todo, permite que crezcan y florezcan el sentido de creatividad, iniciativa y empatía.

Jeremy Rifkin

En la clase de plástica, Berta está construyendo un nido de barro, junto con sus compañeros de primer ciclo de Primaria. Si le preguntas para qué, lo tiene muy claro: los nidos son para que los aviones comunes (*Delichon urbica*) vuelvan a anidar en su ciudad. Hace pocos días, en la clase de conocimiento del medio, tuvieron la visita de los jóvenes de la asociación medioambiental. Les explicaron muchas cosas sobre las golondrinas y los aviones y también sobre las causas y las consecuencias de su desaparición. Les pidieron ayuda. ¡Alguien creía que ellos, chavalines de 6 y 7 años, podían ayudar a que volvieran los aviones! Se pusieron manos a la obra, con gran entusiasmo. Lo que ellos sabían, lo que ellos hacían, servía para algo.

La escuela municipal de arte ha puesto sus hornos de cerámica a disposición, y las asociaciones de vecinos están esperando ya los nidos cocidos, para colgarlos en puntos estratégicos de la ciudad.

Están aprendiendo ciencias, arte, trabajo en equipo, habilidades sociales, compromiso cívico... con una finalidad social¹. ¿Quién da más? Esto es el aprendizaje-servicio.

Una brújula para la innovación educativa

El aprendizaje-servicio es un método de enseñar y de aprender. Consiste en aprender a través de hacer un servicio a la comunidad.

Por tanto, es un instrumento pedagógico, una herramienta para educar mejor. Sin embargo, no sólo es un recurso didáctico, ya que responde a una pregunta filosófica de calado más profundo: ¿cuál es la finalidad última de la educación?

Nuestra sociedad ha dado saltos de gigante en las últimas décadas. El desarrollo científico y tecnológico nos ha permitido controlar y desterrar enfermedades, multiplicar las comunicaciones, innovar los sistemas de producción, mejorar el acceso a la educación por parte de amplios sectores de la población... En permanente proceso de innovación, sentimos que debemos orientar la educación a un mundo acelerado, cultivar las competencias básicas y las inteligencias múltiples,

¹ Esta experiencia de aprendizaje-servicio se desarrolla en las escuelas públicas de Sant Joan Despí (Barcelona), dinamizada por el Centre Mediambiental L'Arrel.

la capacidad para adaptarse, para reinventarse y ser creativo, a riesgo de quedar marginados del progreso.

En nuestro país, este sentimiento de inadaptación del sistema educativo se acentúa al constatar el alarmante índice de fracaso escolar, que roza, y en algunas zonas, supera, el 30% de los jóvenes, situándose entre uno de los más elevados de Europa.

Y más allá de los bajos resultados estrictamente académicos, existe un problema actitudinal, de estado de ánimo: la desmotivación de los jóvenes hacia unos contenidos curriculares desfasados y metodologías en gran parte inadecuadas y poco significativas para sus vidas.

Frente a esta constatación, muchas voces claman por provocar cambios profundos en la educación y enterrar las rigideces y estrechez de miras de nuestro anticuado sistema educativo, alentador de la mediocridad, uniformador e inadaptado al siglo XXI.

Por un lado, existe la percepción generalizada de que el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación debería servir para multiplicar las posibilidades de una formación personalizada, permanente, acelerada.

Por otro lado, se reivindica el cultivo del talento, de las habilidades personales, de la capacidad de aprender a aprender, de la innovación... frente a la memorización injustificada, el aprendizaje de datos inútiles, las rutinas desmotivadoras, la desconfianza hacia la creatividad.

Son voces que se alzan desde dentro el mismo sistema, y también, frecuentemente, desde la *periferia*: empresas, sindicatos, pensadores, científicos... denunciando la inadaptación al mercado de trabajo y la falta de competitividad que sufrirán las jóvenes generaciones como consecuencia de una formación escasa y obsoleta.

Sin embargo la competencia personal, la iniciativa, la autonomía... se pueden orientar en cualquier dirección, la cuestión es hacia dónde. Porque todas estas habilidades pueden ser puestas eficazmente al servicio del exclusivo beneficio personal o al servicio del crecimiento económico puro y duro, como denuncian Martha Nussbaum y Jeremy Rifkin, un modelo de desarrollo que, si bien ha generado riqueza, no ha sabido distribuirla, y se ha mostrado incapaz de superar los problemas básicos que atenazan a la humanidad: miseria, hambre, destrucción de los recursos naturales, violencia, explotación, abuso, corrupción, soledad...

Por ello, los discursos seductores del talento y la innovación a veces parecen sin orientación, sin brújula que los llenen de sentido, que los trasciendan un poco. Talento, ¡claro que sí! Pero... ¿para llegar a dónde?

Frecuentemente las reflexiones sobre el cambio que necesita la educación se quedan en la mitad del problema, porque fijan la atención en la obsolescencia - innegable- de la maquinaria... (métodos, instrumentos, procedimientos) y no iluminan el *para qué* debería servir. Necesitamos faros que iluminen el camino, brújulas que orienten el talento.

¿Debemos innovar en educación sólo para conseguir ciudadanos más competitivos en el mercado de trabajo? ¿O debemos explotar los avances científicos y tecnológicos de nuestro siglo para formar ciudadanos competentes capaces de transformar el mundo y hacerlo más justo y habitable para todos?

Entonces, ¿cuál es la finalidad de la educación en el siglo XXI? ¿Mejorar la competencia y el currículum individual para subirnos al progreso? ¿O fomentar los valores de justicia, igualdad, fraternidad, para poder superar los graves problemas que no supimos resolver en épocas pasadas?

Pensando en la primera opción... ¿acaso no eran competentes Goebbels, Madoff, Osama Bin Laden, los ejecutivos sin escrúpulos de Lehman Brothers...? ¿No eran buenos comunicadores? ¿No poseían talento? ¿No eran creativos? ¿No hubieran sacado buenas notas en los exámenes PISA? ¡Obviamente eran competentes! Y, obviamente también, esto no es suficiente.

La dicotomía debe poder resolverse, porque no queremos renunciar ni a la competencia ni a la solidaridad. Como dice la filósofa Adela Cortina, hay que sumar ambos anhelos para resolver la antinomia.

Y esta suma es la que ya aplican muchos centros educativos que quieren educar personas competentes, capaces de poner sus conocimientos y habilidades al servicio de los demás. Son centros que practican el aprendizaje-servicio, aportando una brújula al talento: orientan la excelencia, el talento y la creatividad hacia el compromiso social.

Haciéndolo de una manera práctica, "ensuciándose las manos", los chicos y chicas adquieren conocimientos, ejercitan habilidades, fortalecen actitudes y valores... contribuyendo a mejorar alguna cosa en su entorno. Crecen en competencia al tiempo que se convierten en mejores ciudadanos.

Porque la educación para la ciudadanía debe poder realizarse en la comunidad, debe poder llevarse a la práctica, no puede limitarse a estimular la sensibilidad y la receptividad, o a hablar de la participación y lo importante que es, o a ejercitar en el aula habilidades democráticas.

Por poner una definición completa:

El aprendizaje-servicio es una propuesta educativa que combina procesos de aprendizaje y de servicio a la comunidad en un solo proyecto bien articulado, en el cual los participantes se forman al implicarse en necesidades reales del entorno con la finalidad de mejorarlo.²

El aprendizaje-servicio (ApS) es una metodología orientada a la educación para la ciudadanía, inspirada en las pedagogías activas y compatible con otras estrategias educativas. Es un método para unir éxito educativo y compromiso social: aprender a ser competentes siendo útiles a los demás. Es sencillo y es poderoso. Y no es un invento, sino un descubrimiento, porque pone en valor buenas prácticas que están ya en el corazón de la educación integral y comprometida.

² Definición aportada por el Centre Promotor Aprenentatge Servei de Catalunya.

Un estímulo para la responsabilidad ciudadana y el capital social

Si bien el aprendizaje-servicio es una metodología educativa, una herramienta pedagógica, se puede valorar también desde otras miradas. Más allá de su identidad educativa, el ApS puede ser considerado también como herramienta de desarrollo comunitario, de cohesión de la comunidad.

Hay que reconocer que los años de bonanza económica, pese al progreso que aportaron, agudizaron en nuestro país el apego material y la voracidad consumista, así como una cierta tendencia a actuar más como clientes exigentes que como ciudadanos responsables. La crisis económica nos pilló cívicamente debilitados y, en no pocos casos, malacostumbrados a un tren de vida de comodidades y de delegaciones insostenible.

Por otro lado, la sociedad española llevaba tiempo desorientada en otros aspectos, como la crisis de autoridad del profesorado y de las familias, la infoxicación³, el sedentarismo y malos hábitos saludables, el divorcio entre generaciones y la mezcla explosiva de falsa tolerancia y xenofobia frente a la inmigración reciente.

En este contexto, las prácticas de aprendizaje-servicio se revelan extraordinariamente valiosas, al acercar a los estudiantes al mundo real; al retar su capacidad creativa y emprendedora en resolver problemas por sí mismos y darles confianza en hacerlo; al poner a trabajar conjuntamente los centros educativos con las entidades sociales de un territorio.

Podemos decir, entonces, que un proyecto de aprendizaje-servicio es un proyecto educativo y social al mismo tiempo. Es una doble herramienta y, por ello, doblemente valiosa: un proyecto integral de educación para la ciudadanía que fortalece la comunidad porque fomenta el capital social, es decir: estimula el trabajo en redes, explicita y consolida los valores y normas que aportan cohesión social, y contribuye a crear confianza y seguridad entre la población.

Y es algo más que una herramienta, porque se inspira en la ética del cuidado, de la responsabilidad que contrae cada persona con los demás. La ética imprescindible en el siglo XXI, que entiende el mundo como una red de relaciones donde el valor central es la responsabilidad: la persona tiene el deber moral de ayudar a los demás y supeditar su bienestar e intereses particulares al bienestar e intereses de la colectividad.

Es pues, también, una filosofía educativa, que considera que si la educación no sirve para mejorar el mundo, entonces no sirve para nada.

Artículo para el Monográfico de Aprendizaje-Servicio del Periódico Escuela (2013).

³ Tomo esta palabra tan gráfica de Alfons Cornella.